

sinceridad del corazón de Isabel. Á su admiración por el hombre sublime que el cielo le había deparado, como visible recompensa de su fe, se agregaban simpatías delicadas, robustecidas por la conformidad de miras. Colon, por su parte, comprendía mejor que ningún otro hombre á la adorable soberana, distinguía la virtud superior que encerraba aquella alma varonil y virginal al mismo tiempo que encubría con púdico cuidado su poesía y su exquisita sensibilidad, bajo el velo de la fría razón y la gravedad del mundo.

Es muy sensible que la correspondencia, larga por cierto, entre la reina y el Almirante, perdida en adelante para el mundo, se reduzca á algunos fragmentos de cartas oficiales, breves la mayor parte y de mediano interés. La última carta que dirigía Isabel al Almirante, cuando su segundo viaje, muestra la lucidez de inteligencia y curiosidad científica con que ella seguía la cuestión del descubrimiento.

Veinte días ántes de ir nuevamente Colon á recorrer los espacios del Océano, devolviéndole la reina el diario de su navegación, que había conservado en su poder y del cual había sacado copia, le aseguraba que, excepto el rey y élla, nadie había leído una sola palabra de su contenido, y le decía que cuantas más veces lo leía, le demostraba más y mejor cuánto aventajaba su ciencia á la que jamás tuvo ningún otro mortal (1). Insistía otra vez para que le diera noticias hidrográficas y geográficas, que le facilitaran seguir en el mapa el camino que había tomado para ir á las islas y tierras que había hallado. Pedía que señalara los grados, midiera las distancias en un mapa, que le suplicaba le enviara, prometiéndole tenerlo oculto, si así él lo deseaba. Aconsejábale que se llevara un buen astrónomo que le ayudara en sus sabias observaciones; y, creyendo anticiparse á sus deseos, tenía la ingeniosa habilidad de designarle, como inspiración propia, á su fiel amigo el guardian de la Rábida, el padre Juan Pérez de Marchena, á quien por distracción llamaba Antonio en lugar de Juan. «Porque es buen astrónomo, decía élla, y siempre me pareció en completa conformidad de ideas con vos (2).» Al mismo tiempo, á fin de abreviar las dilaciones, incluía en su pliego una orden firmada en blanco, para que él continuara en élla el nombre del astrónomo que escogiera.

Este es el lugar oportuno para añadir dos palabras acerca del sabio franciscano cuya identidad ha negado la erudición protestante, ya que no ha podido disputarle su ciencia. Se ha dicho que no era cierto que el Guardian de la Rábida hubiese acompañado á Colon en el segundo viaje. Hânse complacido en suponer que ese

(1) «Y que habeis sabido en ello más que nunca se pensó que pudiera saber ninguno de los nacidos» — A 5 de setiembre de 1493.—*Documentos diplomáticos*, núm. LXXI.

(2) «Porque es un buen astrólogo, y siempre nos pareció que se conformaba con vuestro parecer.» — *Documentos diplomáticos*, núm. LXXI.

Antonio de Marchena no era el mismo que Juan Pérez de Marchena, como si el error del nombre de pila no estuviera corregido por las mismas circunstancias de la carta. El cronista real Muñoz reconoce la identidad del personaje de quien habla la carta real con el padre Juan Pérez de Marchena.

Es verdad que ningún documento oficial posterior á la carta real del 5 de setiembre del año 1493 menciona su viaje. La relación del segundo viaje hecho por Colon se ha perdido desgraciadamente; así es que no tenemos del Almirante ningún pormenor circunstanciado acerca de ese franciscano cosmógrafo, su más íntimo amigo. No obstante ese vacío, tenemos la seguridad de que el padre Juan Pérez de Marchena cruzó el Atlántico. Inducíanle á que hiciera aquella navegación, su inclinación natural, su deber de obedecer la elección de la reina, la esperanza de salvar algunas almas, aunque fuera solamente por el bautismo de los niños, su deseo de complacer á Colon, su curiosidad respecto de las obras de Dios, desconocidas en nuestras latitudes, y sobre todo el espíritu de la Orden Seráfica perpetuando la idea de su bienaventurado fundador.

Estas graves probabilidades se apoyan además en una tradición constante.

Los anales franciscanos han conservado el recuerdo del viaje del padre Juan Pérez de Marchena. Partió acompañado de otros religiosos de su orden (1), circunstancia de que da fe la relación oficial del fraile de la orden de San Jerónimo, Roman Pane, que se llamaba humildemente «el pobre ermitaño (2).» El padre Juan Meléndez, historiador de la orden de los Padres Predicadores, en su crónica provincial del Perú, recuerda también el viaje y la gloriosa primacía que tuvo el padre Juan Pérez de Marchena en la aparición del sacerdocio en las Indias (3).

Jorge Cardoso, autor de la agiografía portuguesa, asegura que el padre Juan Pérez de Marchena fué el primer sacerdote que pisó el Nuevo Mundo, y por consiguiente que celebró allí los santos misterios (4). Fortunatus Hubertus refiere en su *Cronología Franciscana* que el padre Juan Pérez de Marchena siguió á Cristóbal Colon en su segundo viaje, y bendijo la primera cruz con las preces de la Iglesia (5). No es ménos explícito el padre Pedro Simon, provincial de los franciscanos en la Nueva Granada. Dice que Cristóbal Colon tenía consigo, en su segundo viaje, á su íntimo amigo el padre Juan Pérez, acompañado de algunos religiosos de su

(1) Waddingus, *Annales Minorum*, t. VII, fól. 279.—«Socium habuit itineris regii favoris auctorem Perezium, additis aliis ejusdem instituti sociis.»

(2) *Escritura de fray Roman del orden de san Jerónimo*.—Memoria escrita por el «pobre Ermitaño,» según las órdenes del Almirante. «De orden del ilustre señor el Almirante Virrei i governador de las islas i Tierra firme.» (En la colección de Bârcia, tomo I).

(3) Fr Juan Meléndez, *Tesoros verdaderos de las Indias*, lib. I, cap. 1, fól. 4.

(4) Jorge Cardoso, *Agiologio Lusitano*, tom. III, p. 40.

(5) Fortunatus Hubertus, *Menologium S. Francisci. Historica proloquia*, p. 67.

orden (1). Si bien es verdad que siguiendo el orden de preferencia, la categoría gerárquica, parece que el padre Boil, benedictino, en su cualidad de Vicario Apostólico, debiera haber oficiado primero que nadie en aquellas nuevas playas, sin embargo consiguió esta honra la Orden Seráfica por la circunstancia de hallarse el padre Juan Perez de Marchena á bordo del navio almirante, mientras que el padre Boil estaba con sus religiosos en una carabela. Tenemos la prueba de ello escrita y grabada en la obra de un benedictino, escrita en elogio del padre Boil. El libro de Dom Honorius Philoponus, en su lámina IV, representa la nave del Vicario Apostólico á cierta distancia de la del Almirante (2).

Era justo que aquel franciscano que fué el primero en adivinar y comprender á Cristóbal Colón, acoger su infortunio, presentir el Nuevo Mundo, rogar á Dios y suplicar á la reina á favor de su descubrimiento, fuera también el primero que celebrara los santos misterios en la inmensidad del Océano, y el primero que bendijera sus playas desconocidas en nombre de Jesucristo nuestro Redentor. Y á ese fin, se realiza á su favor un concurso particular de circunstancias. Sin ninguna instancia suya, le llama la reina para hacer el viaje. Se le nombra miembro de la expedición en su cualidad de sabio. Por este título se halla á bordo del navio almirante, forma parte del estado mayor, desembarca necesariamente con él para cada toma de posesión, y se encuentra de este modo el primer sacerdote, el primer religioso que pisó el nuevo suelo y disfruta de la dicha de plantar en él la Cruz.

(1) Fr. Pedro Simon, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra firme en las Indias occidentales*, primera noticia, cap. xv, § 1.

(2) Honorius Philoponus, *Nova typis transacta navigatio novi orbis Indiæ occidentalis*, etc., in-folio, 1621.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

SALIDA DE COLÓN DEL PUERTO DE CÁDIZ CON DIEZ Y SIETE BUQUES.—SU LLEGADA Á CANARIAS.—PROPÓNESE CONSAGRAR Á LA VIRGEN MARÍA LAS PRIMERAS TIERRAS QUE DESCUBRA, Y SE DIRIGE POR UN DERROTERO DESCONOCIDO Á LOS CARAIBES.—EL 2 DE NOVIEMBRE ANUNCIA LA TIERRA PARA EL DÍA SIGUIENTE.—DESCÚBRELA EFECTIVAMENTE POR LA MAÑANA AL RAYAR EL DÍA.—VESTIGIOS DE ANTROPOFAGIA.—EL INSPECTOR DIEGO MÁRQUEZ SE EXTRAVÍA EN EL PAÍS DE LOS CANIBALES.—VANOS ESFUERZOS PARA HALLARLE.—SU REGRESO CASUAL.—COMO FUERON LIBRADOS LOS CAUTIVOS HECHOS POR LOS ANTROPÓFAGOS.—EL ALMIRANTE DESCUBRE SUCESIVAMENTE LA DOMINICA, GUADALUPE, MONSERRAT, ANTÍGOA, SANTA CRUZ, SANTA ÚRSULA, LAS ONCE MIL VIRGENES.

#### § I.

Multitud de embarcaciones surcaban continuamente la bahía de Cádiz. Catorce carabelas surtas alrededor de tres grandes carracas, de las cuales la de mayor porte, llamada la *María Galante* izaba el pabellón del Almirante, balanceándose en las olas, llevaban en su seno los primeros elementos de una colonización.

Además de las provisiones de boca, granos, plántones, trigo, centeno, avena, legumbres para la sementera de las tierras, el Almirante había hecho embarcar ganados, y caballos destinados á la reproducción, instrumentos de labranza, cal, ladrillos, hierro, etc.

Sin contar el estado mayor, los religiosos, los soldados, los labradores, jardineros, herreros, albañiles, carpinteros y criados que formaban un efectivo de